

LA REBELIÓN FELICISTA CONTRA EL GOBIERNO DE CARRANZA

EL DESEMBARCO EN SUELO MEXICANO

HORAS DE ANGUSTIA A BORDO

La embarcación, azotada por formidable norte,
se quedó por fin sin timón en alta mar

POR FIN TIERRA... ENEMIGA

Después de varios días de angustia, Díaz desembarcó
en los dominios del carrancismo

CAPÍTULO II

Seis días navegó *La Providencia* con felicidad. Desde el cuarto día habíanse avistado las costas veracruzanas que habían sido elegidas por el general Félix Díaz para desembarcar.

Las precauciones y la vigilancia a bordo eran extremas. Los barcos carrancistas podían aparecer de un momento a otro. No había, pues, en *La Providencia*, un momento de reposo. Tripulantes y expedicionarios estaban dispuestos a defender sus vidas y a llegar a su destino.

Las rupturas en el constitucionalismo

La embarcación no prestaba seguridad alguna y por un momento se temió que naufragase; pero llevaba un entendido piloto, quien no abandonaba el timón un instante.

El 24 de febrero al mediodía, *La Providencia* estaba frente al punto señalado para el desembarco. Allí, de acuerdo con las instrucciones que el general Díaz había enviado a los rebeldes de Oaxaca, debería estar una partida de hombres armados para recibir al jefe y escoltarlo hasta donde se encontraba el cuartel general.

No poca extrañeza causó al general Díaz el hecho de que no se encontrasen en el punto los hombres que él esperaba encontrar. El punto sobre la costa estaba solitario.

Alguien, a bordo, expresó temores de que el general Díaz hubiese traicionado y de que quizá el gobierno carrancista supiese del arribo de la lancha y que en la selva cercana estuviese emboscado el enemigo.

La situación no podía ser más difícil para los expedicionarios. Nadie osaba dar un paso. El general Díaz observaba con los gemelos la playa, hasta que dirigiéndose al piloto de *La Providencia*, le ordenó que botara al mar una canoa. La orden fue cumplida y seguidamente don Félix se dispuso a embarcarse en ella para dirigirse a tierra.

—*General, es una audacia la de usted* —se interpuso uno de sus amigos, agregando—, *tememos que el enemigo se encuentre emboscado.*

Don Félix no respondió y haciendo una seña a su asistente, abordó la canoa. Dos de sus acompañantes le siguieron.

EL DESEMBARCO

En los momentos en que la canoa se desprendía de *La Providencia* aparecieron en la playa, y como por encanto, varios hombres.

Los acompañantes de don Félix pidieron a éste que regresase a bordo. El temor que los carrancistas estuviesen emboscados, parecía confirmarse.

El general, dando muestras de gran valor, en lugar de volver a *La Providencia*, permaneció a bordo de la canoa de pie, y observando atentamente los movimientos de los aparecidos. De pronto los individuos que estaban en la playa hicieron una señal; luego otra; por último se escuchó un toque de clarín.

—*¡Son los nuestros!* — gritaron los de a bordo.

El grito ya no lo escuchó el general Díaz, quien había hecho que los tripulantes de la canoa bogaran rápidamente con dirección a la playa. Minutos después, el general Díaz era estrechado por los brazos de los amigos que habían llegado a recibirlo; y a poco se reunían con ellos los que habían quedado a bordo de *La Providencia*.

Al gusto de verse frente a los amigos, siguieron instantes de tristeza. Los comisionados de los rebeldes oaxaqueños no podían traer noticias más desconsoladoras. Al efecto, informaron al general Díaz que el gobierno carrancista, pareciendo estar al corriente de las intenciones de los rebeldes, había establecido una vigilancia especial a lo largo de la costa veracruzana; que por tal hecho había sido imposible que llegasen hasta aquel punto los soldados de la escolta que había de acompañar don Félix a Oaxaca; que el intento para cruzar las líneas carrancistas era casi suicida; que además sería imposible conducir a puerto seguro los pertrechos de guerra que se encontraban a bordo de *La Providencia*.

Había, pues, que cambiar de planes; y ese cambio debería hacerse con la mayor rapidez posible, debido a que se tenía la certidumbre de que el enemigo podía aparecer de un momento a otro ya por tierra ya por mar.

OTRA VEZ EN ALTA MAR

Serenamente escuchó el general Díaz a sus amigos, haciéndoles saber que por ningún motivo desistiría de su empresa y que estaba dispuesto a llegar a Oaxaca para ponerse al frente de sus partidarios en cualquier forma y sobre todo, sin abandonar los pertrechos de guerra que conducía.

Pidió entonces el general que los amigos que conocían toda la costa veracruzana señalasen otro punto para llevar a cabo el desembarco, aun cuando para ir hasta Oaxaca no se contase con escolta alguna.

Resolvióse al fin, que el desembarco se efectuase más hacia el sur, para entrar a territorio oaxaqueño por el Istmo de Tehuantepec. Despidióse el general de sus amigos, quienes por tierra deberían de seguir hasta el punto indicado y él, por su parte, volvió a bordo de *La Providencia*.

Desde a bordo, don Félix vio cómo sus amigos se alejaban tierra adentro y ordenó que la embarcación siguiese el viaje hacia el sur. Estimábase que dos días de navegación serían suficientes para llegar al nuevo punto de destino.

Entre tanto, los carrancistas que ciertamente habían tenido noticias no de que el general Díaz tratase de desembarcar, sino que los felicistas pretendían introducir un cargamento de armas y municiones, se movían hacia el punto a donde *La Providencia* había llegado el 24 de febrero.

Ese mismo día, por la noche, los carrancistas llegaron al sitio donde horas antes había estado el general Díaz conferenciando con sus amigos. Las huellas de los felicistas habían quedado allí y los carrancistas se dispusieron a seguirlos. La navegación de *La Providencia*, que apenas comenzaba la segunda etapa de su viaje, fue muy lenta. El motor comenzaba a fallar por una parte, y por otra, algunos golpes de mar habían causado estragos en uno de los costados de la embarcación. Mucho se temió por la suerte de los viajeros.

Todavía algo más grave que los desperfectos del motor de la lancha esperaba a los viajeros. Al atardecer del día 24, el piloto de *La Providencia*, fue informado por uno de los tripulantes que la embarcación hacía agua. Llevada la noticia al general Díaz, éste dispuso que la embarcación se aproximase a la costa, con el propósito de ganar la playa en caso de un naufragio.

HORAS DE ANGUSTIA: LA NAVE SIN TIMÓN

No fue todo, sino que convirtiéndose en marinerero, el general Díaz tomó parte activa en la reparación del desperfecto. Mas cuando tripulantes y expedicionarios estaban entregados con todo ahínco a la reparación de *La Providencia*, comenzó a soplar un norte. El viento comenzó a arreciar y la embarcación vino a ser juguete de las olas.

La obra de reparación resultaba a cada instante más inútil. Reparado un desperfecto, aparecía otro. Era necesario ir de un lado a otro de *La Providencia*, mientras que una fuerte tempestad se desataba.

Todos estaban en sus puestos como si se tratase de una batalla, cuando el piloto dio una noticia terrible. La embarcación había perdido el timón y estaba al garete.

El norte empujaba a la embarcación de un lugar a otro. De repente parecía que iba a quedar deshecha sobre la costa; otras veces era conducida mar adentro. Por último, *La Providencia* emprendía carrera vertiginosa.

Además, seguía haciendo agua. Hubo momento en que todo parecía perdido. Sólo la esperanza mantenía a tripulantes y expedicionarios en sus pue-

tos. La única preocupación era evitar que siguiese entrando el agua, que por lo que hacía la dirección de la nave, era imposible dársela.

Confundido con los marineros, el general Díaz estaba también en su puesto; y así pasó horas y horas, sin expresar temor alguno.

Al segundo día de lucha contra el mar y contra el viento, la situación a bordo de *La Providencia* era más desesperada. Habíanse agotado los víveres. No había más que comer que la dura galleta marina. Nadie sabía cuál era la posición de la lancha. En aquel horrible vaivén de la embarcación no se veía más que cielo y agua. ¿A dónde irían?

Pero al tercer día alguien lanzó un grito de alegría. A no lejana distancia se veía la tierra. ¿La salvación o la muerte? La salvación si se llegaba a tierra amiga; la muerte si se llegaba a territorio dominado por los carrancistas.

Aparte de los peligros se presentaba una grave dificultad para llegar a tierra, *La Providencia* carecía de timón y sólo utilizándose el velamen quizá podría aproximarse a la playa. Para lograr esto último, el general Díaz y sus acompañantes hicieron todo género de esfuerzos hasta hacer que la goleta enfilara hacia tierra.

A unos ochocientos metros de la playa, la embarcación encalló; la vida de expedicionarios y marineros estaba a salvo en el mar; pero en tierra, ¿quién les garantizaba salir del territorio en que se encontraban y que lo más probable era que estuviese bajo el dominio de los carrancistas?

Encallada la goleta había que echarse a nado para ganar la tierra. El general Díaz fue el primero en poner el ejemplo y pronto se le vio luchando entre el oleaje hasta no llegar a la playa. Siguiéronle el resto de los expedicionarios así como los tripulantes, no sin que antes fuese arrojado al mar el precioso cargamento de armas y municiones que llevaba a bordo. Encontrándose en tierra enemiga, lo más probable era que la goleta fuese revisada y en tal caso los pertrechos no servirían más que para hacer más comprometida la situación del general Díaz y sus compañeros.

VIVIENDO DE RAÍCES

Sólo una maleta fue conducida a tierra. Contenía ésta una valiosa documentación. Allí había cartas y actas de los rebeldes de Oaxaca, nombramientos de jefes revolucionarios, proclamas y proyectos de decretos.

Las rupturas en el constitucionalismo

Únicamente en caso de verdadero peligro sería destruida la documentación, según las instrucciones del general Díaz.

Al llegar a tierra el general Díaz, con la poca ropa que se había salvado del naufragio, vistióse de marinero. La barba crecida, el rostro tostado por el sol, los bigotes afeitados, el vestido desordenado, dábanle en realidad, todo el aspecto de un aventurero de los mares.

Sin tener la menor noticia del terreno que pisaba, el general Díaz, por exceso de precaución, hizo saber a sus acompañantes que a partir de ese día todos sin excepción cambiaban de nombre. Él, don Félix, se llamaría en lo sucesivo Francisco Sánchez. Allí mismo hubo que fraguar una historia para en caso de que cayeran en poder del enemigo pudiesen tener manera de defenderse. Haríanse pasar, en caso necesario, como contrabandistas que operaban entre la costas de los Estados Unidos y la isla de Cuba, tocando algunas veces las playas mexicanas. Todos aparecían ignorantes de los asuntos políticos de México y desconocerían los nombres de los jefes políticos y militares.

Después de quedar preparados para el inesperado encuentro con el enemigo, los naufragos tenían que resolver un importante problema; el problema del pan. No tenían en su poder ni una galleta marina y ¿hacia dónde marchar en busca de alimentos? Uno de los marineros propuso caminar hacia el norte. ¿Hacia qué población? Él no lo sabía; sólo señalaba hacia el norte, y hacia ese punto se dirigieron todos.

Caminaron dos días, y durante ellos no había encontrado más de qué alimentarse que de raíces. Una sola vez tropezaron con agua dulce para saciar la sed. No habían visto ni un hombre, ni rastro alguno que indicase la proximidad de un poblado. La playa se extendía, siempre desierta, ante sus ojos, por kilómetros y kilómetros.

En el segundo día de camino optaron por descansar y dormir en las horas de sol para continuar la marcha por la noche; la fatiga sería menor, por una parte y por la otra quizás podrían así escapar más fácilmente del enemigo en caso de que éste apareciese.

EN TERRENO CARRANCISTA

En la madrugada del 2 de marzo, después de una nueva y pesada jornada, el general Díaz y sus acompañantes se dieron cuenta de que estaban a las puertas

de un pueblo. Dispuesto don Félix a correr la última parte de su aventura, entró al poblado. Los vecinos trataron inmediatamente de saciar su curiosidad y el general Díaz no les negó la oportunidad, haciéndoles saber que se trataba de un grupo de náufragos que después de varios días de andar al garete había podido llegar a tierra sin saber en qué punto de la costa mexicana se encontraba. Los vecinos informaron al general Díaz que el pueblo pertenecía al estado de Tamaulipas y que se encontraba sólo a unas cuantas horas de camino del puerto de Matamoros.

Desde luego don Félix comprendió que estaba dentro de la zona dominada por el carrancismo, pero se manifestó indiferente y después de solicitar alimentos, anunció su decisión de continuar hacia Matamoros, a donde daría parte a las autoridades marítimas de lo acontecido con la goleta *La Providencia*.

Aparentando una despreocupación completa, el general Díaz entregóse al descanso, no sin antes dar instrucciones a sus amigos para que en caso de que llegasen soldados carrancistas, destruyesen el archivo y uno de esos mismos amigos marchase por el camino que estimase más conveniente hacia el estado de Oaxaca para informar a los rebeldes felicistas de lo acontecido.

El general Díaz se daba cuenta de que su vida estaba de hecho en manos de los carrancistas. No obstante, aparecía tan tranquilo que parecía haber aceptado consigo mismo que él ya no era don Félix Díaz, sino el contrabandista Francisco Sánchez.

Estaba entregado al reposo cuando fue informado que varios vecinos del pueblo habían marchado a Matamoros para informar a las autoridades de la llegada de los náufragos.

A partir de ese momento no dudó ya que pronto estaría en poder de sus enemigos.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 13 de junio de 1937, año xxv, núm. 121, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 13 de junio de 1937, año xi, núm. 271, pp. 1-2.